

LA CORRIENTE AMERICANISTA: HISTORIA Y CRÍTICA¹

Un pensador argentino, Alberdi, estudió hace cuarenta años, en obras de firme dialéctica pero de fatigosa exposición, las inquietudes americanas. Después de haber consagrado un libro a su patria, análogo en la evolución argentina al *Federalista* de Hamilton en el desarrollo norteamericano, explicó en las excesivas páginas de su ensayo sobre el gobierno de América «según las miras de la revolución fundamental», el pensamiento monárquico de los fundadores de la Independencia, los vicios de la República y la excelencia del protestantismo en democracias enfermas de abulia.

Otros esfuerzos contemporáneos —geniales instituciones de Sarmiento, románticos ensayos de Vigil y de Lastarria, algún capítulo de un escritor eminente, Eugenio M. de Hostos—, representan la contribución de los pensadores en relación con las cuestiones palpitantes del continente. Un largo silencio sucede a aquellos graves exámenes de conciencia. Diríase que se relajan antiguos vínculos: los últimos congresos americanos de 1846 y 1864 se clausuran sin dejar en el ambiente promesas de unión. La discordia creada por guerras internacionales exaspera el patriotismo y mantiene tenaces rivalidades. De 1860 a 1890, hallamos escasos libros de sociología americana.

Surge entonces una nueva escuela que analiza los problemas colectivos. No propone remedios o los formula vagamente: critica, desmenuza, discute con noble pasión americana. Su fuerza está en el despiadado estudio de males comunes, adicionales. Prepara los elementos de la reconstrucción futura, anuncia al «cirujano de hierro» o al «civilizador formidable». Y como, según la fórmula clásica, oponerse es afirmarse, la observación de posibles enemigos, bárbaros que amenazan nuestra in-

¹ *La creación de un continente*, París, 1913, Lib. II, cap. II. Título original. [THM]

dependencia, ha servido para señalar los caracteres que distinguen al Nuevo Mundo y defender con espléndida energía su autonomía moral.

César Zumaeta es el precursor de estos excelentes críticos. Inició la reacción contra la antigua indiferencia. Su libro sobre *El continente enfermo* estudia los peligros internos y externos que preocupaban a América, el malestar de la raza, el inquietante porvenir. Ante el imperial avance de los Estados Unidos, el citado escritor y sus sucesores en igual tarea proceden a un severo análisis. Condenando la ambición yanqui, empezaron los iberoamericanos a conocer sus vicios y energías. Fue generalmente esta investigación, contraria a los propósitos de la gran democracia del Norte, estudio de las oposiciones de tradición y de raza entre las dos Américas. De ese fatal antagonismo, esperaban en el Sud la unidad de dispersas naciones.

Un escritor mexicano, Francisco Bulnes, consagró un libro acerbo en 1899 a examinar el porvenir de la América Latina en relación con el progreso de los Estados Unidos. Aplicaba ideas de Le Bon y de sociólogos sajones, con la rudeza de los antiguos profetas, en un estudio desordenado y vigoroso. Destructor de leyendas, no cree Bulnes en las pregonadas riquezas de México, del Perú, del Brasil. Según él, la «maldición de la América Latina» está en ser tropical: de las ondas cálidas no nacieron nunca fuertes razas, industrias y civilizaciones expansivas. Allí abunda el alcohol que envilece, la pereza que prepara futuras esclavitudes. Comparando la producción de las minas de oro y de plata en esos países con la intensa riqueza de California, Australia y África del Sud, halla en América mediocres tesoros. El nuevo continente necesita inmigrantes y capitales, y debe irrigar sus desiertos para no desaparecer en este siglo ante grandes naciones imperialistas. Sólo la Argentina, Chile, México, los estados del Brasil que están fuera del trópico, podrán mantener su autonomía en las futuras luchas. La América septentrional, desde Cuba hasta Bolivia, habrá perdido hacia 1980 —anuncia el augur— su independencia.

Es excesivo tal vaticinio. Si el trópico deprime, no aniquila el esfuerzo humano. En el Brasil central, viajeros que esperaban hallar una perpetua holganza contemplaron el terco avance de una raza orgullosa que fecunda la tierra núbil, improvisa ciudades, sana y embellece la capital brillante, Río de Janeiro. Bolivia es un país de frías mesetas donde se mantiene incólume la humana energía. En el Perú, una larga obra de progreso se realiza en la costa, y la sierra poco habitada, dura, austera, espera a sus dominadores. En los mismos países tropicales, Colombia,

Venezuela, Ecuador, la desigualdad del territorio permite el éxodo a las regiones elevadas donde el clima estimula a la acción. Las profecías de Bulnes yerran por excesiva generalización.

No puede negarse, en cambio, que ningún libro examinó con tan viril franqueza los vicios americanos, la megalomanía, el «canibalismo burocrático», el jacobinismo. Excelente aplicación de las doctrinas sociológicas europeas hallamos en su estudio de las condiciones materiales de la nueva América. Ha condenado la fe de los republicanos de ultramar, la eficacia de las constituciones políticas. Recordando enseñanzas de Le Bon en su libro sobre las *Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*, escribe que «deben hacerse hombres para las instituciones y no instituciones para los hombres» y que «no está en el poder de un hombre transformar durante su vida a una nación, obra de centenares de siglos».

La evolución mexicana confirma estas sentencias. La larga dictadura de Porfirio Díaz no vence la discordia, y una trágica serie de revoluciones es el epílogo de su tiranía silenciosa. El sombrío dictador no había formado hombres aptos para la vida democrática. Perfectas leyes escritas fueron impotentes para reformar costumbres seculares.

Bulnes ha dado la verdadera explicación económica de las revoluciones sudamericanas. Como no existen industrias, el Estado alimenta a las clases medias, y si no satisface sus ambiciones, aumentando los puestos burocráticos, estallan revueltas. De su libro se levanta un inflexible pesimismo. No halla en estas repúblicas ninguna de las virtudes democráticas: ni la veracidad, porque se exageran riquezas y grandezas, ni la justicia, porque dominan la desigualdad y la intolerancia, ni la previsión —«en los países latinoamericanos toda la clase media ha tenido abuelos ricos y toda la clase rica ha tenido abuelos pobres»— ni, finalmente, la cooperación al bien público, porque la envidia que heredaron de España los americanos ataca a cuantos se distinguen en política, ciencias o finanzas.

Algunas de estas críticas, que condenan a una nación o a un régimen político, abundan no sólo en los países latinos, en Francia, en Italia, en España, sino también entre los sajones y en Alemania, a pesar de la intolerancia prusiana. Los monarquistas franceses critican a la república con la misma dureza con que atacan a la monarquía los republicanos españoles: para aquéllos la primera es un régimen de escándalo y de ruina; para éstos la segunda, una institución decadente, viciosa, parasitaria. No se puede juzgar a la América española por opiniones de un

escritor apasionado. Naciones en progreso como la Argentina, el Brasil, Chile, el mismo México, no merecen la vibrante reprobación del sociólogo. Notable en el estudio de los defectos, el libro de Bulnes no analiza las cualidades de la raza americana: en sus rudas sentencias se sustituye al pensador el periodista. Es útil la bíblica indignación que se resuelve en esperanza. La realidad en los pueblos que la inmigración fecunda, que el oro europeo enriquece, revela profundas transformaciones. ¿Será comparable la Argentina actual a la nación bárbara y violenta de Facundo y de Rosas, el Perú de hoy a la república indisciplinada del año 4°, la Bolivia de Montes a la de Melgarejo, Chile en firme progreso a la república federal del año 28? En la inquieta región tropical, la estabilidad de Costa Rica, república densa y homogénea, el progreso político de Cuba, son ejemplos de renacimiento. Contra las tradiciones de Le Bon, surgió el Japón renovado y triunfador; contra el escepticismo de Bulnes, una nueva América se levanta ordenada, rica y progresiva.

Después de Bulnes, un literato uruguayo, a quien saludan como maestro jóvenes escritores de América, José Enrique Rodó, pronunció según la tradición de los diálogos de Renán un sermón laico a las *nuevas generaciones*. Su libro *Ariel* (1900) ha sido comentado y elogiado de uno a otro extremo del continente. Libre discípulo de Renán y de Guyau, predica un noble idealismo en cinceladas frases. El ritmo de su prosa elegante refleja la armoniosa ondulación de sus ideas. Enseña a una juventud atormentada, atenta a las sollicitaciones de la política, a la anarquía, a la violencia, al culto de la vida interior, la fe en la multitud, en la democracia, en la función de la *élite* futura que surgirá libremente en las democracias. Invoca a Ariel, *genio del aire*, para que presida a sus coloquios. Su ideal para América es la conservación de las tradiciones latinas, su ensueño o su utopía en la prosaica edad moderna, la fusión de las inspiraciones esenciales del cristianismo y del helenismo.

Enseña a los jóvenes, como lo hace Guyau, que la primera confesión es la de ser hombres. «Aspirad, les dice, a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de nuestro ser».

Este culto de la individualidad no ha de confundirse con la improvisación temeraria o el vago enciclopedismo de hoy. La América necesita de especialistas en hacienda, en historia, en política. No desconoce Rodó la actual primacía de esta dirección utilitaria. Señala como ideal para repúblicas en progreso la formación de hombres armoniosos, vástagos de libre democracia, tolerantes, activos, curiosos de ideas generales, apasionados por la belleza. No desdeña las ideas democráticas. Precisa

su significación, critica sus excesos, comprende que no puede renegar el nuevo continente de su tradición republicana. «Toda igualdad de condiciones, dice a los que sueñan con violentas nivelaciones, es en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la naturaleza, un equilibrio inestable». La igualdad es provisional, la desigualdad constante y necesaria. Un prematuro socialismo que reemplaza las antiguas revoluciones por huelgas ambiciosas, confunde en algunas repúblicas la democracia con la confusa autoridad de la muchedumbre. El Estado jacobino nivela y deprime, y la evolución igualitaria conduce a la más estéril de las uniformidades.

La democracia norteamericana, que servilmente endiosan algunas naciones de ultramar, no realiza la selección necesaria. La vulgaridad y el utilitarismo son todavía algunos de sus atributos esenciales. Analiza el maestro uruguayo los vicios y grandezas de la gran nación federal. Son las mejores páginas de su sermón laico, serenas, precisas, armoniosas. Pero no halla en el Norte la ciudad perfecta, la civilización definitiva. Le inquietan, en la cultura norteamericana, los excesos de la actividad práctica, el poder de ambiciosas plutocracias, la mediocridad, el mercantilismo. Personifica en *Ariel* la sutil esencia de su magisterio: desinterés, nobleza, culto del arte y de las ideas.

Oponiendo a la utilitaria democracia sajona el ideal latino, ha hecho comprender a las nuevas generaciones americanas la dirección necesaria de su esfuerzo. Parece su enseñanza prematura en naciones donde rodea a la capital, estrecho núcleo de civilización, una vasta zona semibárbara. ¿Cómo fundar la verdadera democracia, la libre selección de las capacidades, cuando domina el caciquismo y se perpetúan sobre la multitud analfabeta antiguas tiranías feudales? Rodó aconseja el ocio clásico en repúblicas amenazadas por una abundante burocracia, el reposo consagrado a la alta cultura cuando la tierra solicita todos los esfuerzos y de la conquista de la riqueza nace un brillante materialismo. Su misma campaña liberal, enemiga del estrecho dogmatismo, parece extraña en estas naciones abrumadas por una doble herencia católica y jacobina. Aunque no corresponda al presente estado de estas democracias la noble doctrina de *Ariel*, ella señala la dirección futura a pueblos enriquecidos y poblados por inmigrantes. De la misma manera, en los discursos de Fichte, halló la Alemania anarquizada las firmes líneas del renacimiento, el evangelio de la unidad y el patriotismo.

Otros escritores estudiaron después de Rodó el porvenir de América. Manuel Ugarte en diarios y revistas europeas; Rufino Blanco Fombona

en artículos y en un libro reciente sobre la evolución política de América; Oliveira Lima en una obra sobre los peligros del panamericanismo defendido por los Estados Unidos; Carlos Octavio Bunge en un estudio pesimista, *Nuestra América*.

Manuel Ugarte ha expresado sus ideas sobre el *Porvenir de la América Latina* en un libro notable que han elogiado sin reserva los diarios y los escritores de ultramar. Su idea esencial es la unión del continente, la realización del proyecto de Bolívar. La América dividida será impotente para resistir a los yanquis. Ninguna razón profunda justifica la discordia entre los latinoamericanos, a quienes imponen durable unión raza, creencias y tradiciones. Ugarte cree en el peligro norteamericano, lo analiza con rara precisión. No teme a la conquista directa, sí a la lenta infiltración de los neosajones hasta dominar el Sud. Comprende que es utópica la fusión de las dos Américas, anglogermana y latina. «Nadie negará, escribe, que de acuerdo con la teoría de M. Tarde, que ha definido los conceptos del moderno imperialismo comercial, en algunas repúblicas sudamericanas los medios de transporte y las grandes empresas empiezan a estar en poder de los norteamericanos. En otras, la acción envolvente reviste formas sutiles porque no es posible emplear el mismo lenguaje y los mismos procedimientos con el gobierno de Buenos Aires que con el de Panamá. Pero el fondo y los resultados son los mismos».

Desde hace diez años denuncia Ugarte, en revistas europeas, la amenaza del Norte. No se limita su esfuerzo a defender contra ambiciosos tutores la juventud de quince repúblicas. En su libro estudia el pasado, la formación de las nuevas democracias, su composición étnica, el personalismo disolvente que es el eje de la política, el verbalismo que es la clave de la enseñanza. Un sano optimismo se desprende de sus conclusiones. El sociólogo argentino cree en su raza con el entusiasmo que llevaban a la lucha social los revolucionarios del 48. Su fe es fervor de iluminado, voluntad de vivir y de triunfar. «La América Latina, dice, es quizá la promesa más alta que ofrece el porvenir al mundo entero». Podrá criticarse en ese libro elocuente la impresión de las últimas páginas sonoras. En religión, en arte, en moral, da el sociólogo vagas lecciones: el reino de la justicia, el deísmo no dominado por ritos ambiciosos, la verdad y el bien, la unión de todas las juventudes de América para imponer a los gobiernos hostiles el nuevo evangelio. Esta fe lamartiniana se opone, como reacción necesaria, a los rudos vaticinios de Bulnes.

La enseñanza central del citado libro no corresponde a la dirección invariable del continente. Espontáneamente, aspiran los pueblos de Amé-

rica a la discordia. No saben conciliar la idea federal con la autonomía. En los antiguos congresos americanos, un celoso nacionalismo disolvía pronto las confederaciones necesarias. Si los sajones construyen rotas asociaciones de Estados, los iberos dividen afanosamente como si un curioso atavismo los llevara a reconstruir la tribu autónoma. Entre los perpetuos conflictos americanos, sólo es posible pensar en conglomerados de dos o tres naciones afines. La vasta congregación del continente parece irrealizable.²

A la historia política y social de América ha consagrado Rufino Blanco Fombona un estudio: *La evolución política y social de Hispano América* (1911). El sociólogo venezolano descubre, en el abigarrado desarrollo de las democracias americanas, ideas y direcciones generales. Su libro, brillante síntesis donde sirve a las consideraciones filosóficas muy sólida erudición, ofrece el resumen del agitado avance de veinte naciones que se organizan. Después de estudiar la lucha de castas durante la dominación española, el régimen político y eclesiástico en las colonias de ultramar, personifica en Bolívar, héroe venezolano, la independencia y la organización de América. Al fundar repúblicas en territorio español, Bolívar «salvaba de nuevo los principios de 1789 y, con ellos, la república y la democracia, precisamente cuando una coalición de monarcas, en alianza llamada santa, ahogaba en Europa los sentimientos liberales y amenazaba a esos mismos pueblos americanos».

Las guerras civiles de América, tan exageradas en Europa, se explican, según Blanco Fombona, por el mestizaje, la poca densidad de población y la escasez de vías de comunicación, por la falta de libertad y por la ignorancia. Del mestizaje se deriva la discordia entre castas, la inharmonía en los individuos; la falta de caminos y ferrocarriles perpetúan una edad feudal en que dominan caciques; el despotismo engendra violentas manifestaciones de la opinión que han podido expresarse en libres asambleas o municipios. A pesar de esa imperfecta organización política, cree el escritor venezolano en los grandes destinos del continente. Su fe se funda en la estadística: «Ciudades de 45 000 habitantes como Buenos Aires tienen un siglo después, millón y cuarto... Los 15 millones (población de América en 1810) alcanzan al presente a 50 millones, sin contar los 20 millones del Brasil. En países donde Europa no tenía un céntimo invertido hace poco tiempo, invierte hoy cantidades fabulosas.

² He explicado en mi libro *Les démocraties latines de l'Amérique* el sentido necesario de estas federaciones parciales.

Los extranjeros a quienes un siglo atrás les impedía España establecerse en América, ocupan hoy toda la extensión del Nuevo Mundo».

De este sano optimismo, fundado en el estudio de los progresos americanos, participa el eminente historiador brasileño, señor de Oliveira Lima. Su libro *Pan Americanismo* (1907) analiza uno de los problemas que inquietan a las repúblicas latinas, los proyectos de hegemonía yanqui. Ni exagera la amenaza sajona, ni cree que la expansión norteamericana respete en lo futuro, en nombre de un quijotismo heroico, la precaria independencia de las naciones tropicales. Si acepta la doctrina de Monroe, quiere limitarla, *latinizarla*. «¿Qué necesidad hay, pregunta, de que se perpetúe la doctrina de Monroe una vez que las naciones latinoamericanas puedan disponer todos sus destinos y resistir, con las alianzas que entre sí realizarán según las circunstancias políticas, a cualesquiera agresiones extranjeras?». Inquietan al diplomático brasileño los modernos aspectos del monroísmo, el *Zollverein*, el pretendido desinterés sajón, la dura hegemonía que ambiciona la gran república.

Son dos los ideales del señor de Oliveira Lima: la unión más estrecha entre los latinoamericanos y Europa, de la que reciben aquéllos civilizadoras corrientes, y el reconocimiento de vínculos tradicionales que dan a la América española y portuguesa la necesaria unidad moral.³ «Dejaría de ser el predominio norteamericano, escribe, una realidad si entre los países latinos del continente reinase el espíritu de solidaridad a que deberían aspirar y que no es forzosamente opuesto a la cordialidad y aun a la unión con el elemento anglosajón». Por otra parte, reconoce el historiador brasileño «los beneficios de la expansión europea, explicable en naciones poderosas llenas de savia, exuberantes de población y de producción industrial»; pero no en «los Estados Unidos que no tienen población que exportar, brazos que suministrar, actividades que ofrecer, ni aun capital con qué contribuir ampliamente a la grandeza de los demás países del continente, esperándolos del empleo del continente».

El libro de Bunge, *Nuestra América*, recuerda en cierto modo a los *panfletos* de Carlyle: lírico, a ratos, científico en otros, erudito, brillante, a menudo superficial, estudia las razas de América y el más grave de sus problemas políticos, el caciquismo. Ha escrito páginas definitivas sobre algunos vicios americanos, sobre la psicología del criollo, del mulato, sobre los grandes caciques, Rosas, García Moreno, Porfirio Díaz. Falta a su libro la

³ En brillante odisea, ha recorrido el señor de Oliveira Lima las universidades norteamericanas de California a Nueva York, dando hermosas conferencias y explicando a la democracia del Norte la vitalidad del Sud latino.

simplicidad latina, la armonía, la ordenación francesa. Es un estudio en que se agitan muchas ideas sobre el pasado y el presente de América.

La carencia de sentido moral le parece «rasgo distintivo y capitalísimo, común a indios y negros, a mulatos y mestizos»; el cruzamiento de españoles, indios y negros, antecedente de terribles degeneraciones. Triste psicología la de los criollos y mulatos, según el sociólogo argentino. Carece el mulato de valor personal, es «irritable y veleidoso como una mujer, aunque desafortunadamente ambicioso, verdadero *arribista*, no tiene *esprit de suite*, es parásito y oportunista, vive de la política de expedientes, del *chantaje*. Rápido y locuaz, sabe a veces simular talento». Si el mulato presenta caracteres de degeneración, son lamentables los rasgos más salientes del criollo. La pereza en primer término, «falta innata de actividad», cuyos aspectos expone con gran precisión Bunge. Todo lo explica, este vicio, en las repúblicas de ultramar: «La pequeñez de nuestra clase grande, la pobreza psicológica de nuestra clase rica que no funda institutos progresistas, ni dota universidades, escuelas, bibliotecas o museos; y también, la verbosidad de la literatura y, en el comercio y la industria, el monopolio extranjero».

A la pereza se unen la mentira criolla, constituida por «la exageración tartarinesca, imaginativa, propia de mulleras andaluzas caldeadas por el sol del mediodía, y el poco-más-o-menos, el *à peu près* de los pueblos decadentes que no fijan sus ideas»; la tristeza, la arrogancia, rasgo español que se revela en el desprecio de la ley, en el culto del coraje, analizado por otro sociólogo argentino, Juan Agustín García.

A pesar de tan despiadado análisis, cree Bunge en el progreso sudamericano. «Una vez corregidos los defectos que en este libro esbozo —escribe—, seremos los hispanoamericanos, respecto de europeos y yanquis, no iguales, los mejores».

Idéntica fe en su raza expresan todos los sociólogos americanos. El pesimismo se refiere al presente, en que no se han difundido todavía las castas, ni abundan los inmigrantes europeos. Bulnes, el más radical en sus condenaciones, cree en el porvenir de México, de la Argentina, de Chile. «A pesar de las circunstancias desfavorables en que se ha desarrollado la América Latina, escribe Blanco Fombona, su balance al fin del siglo XIX, es decir, en menos de una centuria de vida independiente, arroja un saldo inmenso a su favor». Por el libro de Ugarte pasa, dando a los períodos una larga trepidación, el soplo de una fe indestructible. «La prosperidad inverosímil, el progreso fantástico y el estado social superior de la Argentina, del Brasil, de México y del Uruguay» son, para

el sociólogo argentino, hermoso anuncio de lo que podrá revelar el continente americano regido por «una doctrina única». A despecho de la inferioridad de los mestizos, piensa Bunge que esa deficiencia, *relativa a la civilización europea*, pero no definitiva ni absoluta, podrá salvarse, ya sea porque las gentes de América asimilen la cultura europea, ya porque produzcan una civilización propia, según el ejemplo de los japoneses. De la armoniosa oración de Rodó surge también una creencia tenaz. Existen ya, en nuestra América Latina, afirma, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente las acerca con acelerado paso a participar del primer rango del mundo.

De la obra concorde de estos escritores nace una activa esperanza. Todos exclaman, como Walt Whitman:

Long, too long America.

La crítica de la inestable realidad presente es, en ellos, superior a la construcción del futuro. Aspiran a curar el continente enfermo; pero no traen remedios infalibles. Condenan el panamericanismo engañoso, el deprimente caciquismo, la burocracia parasitaria, el patriotismo exclusivista que olvida los intereses continentales. Abandonan a los políticos la tarea reformadora, olvidando que en la visión precisa de Alberdi se inspiraron los creadores de la democracia argentina. Afirma Bunge que, corregidos los defectos hispanoamericanos, será la nueva raza, superior a yanquis y europeos. No indica cómo podrán evitarse esos vicios hereditarios; y al conferir a dichos países discordes futura superioridad sobre Europa archiculta y la impetuosa América sajona, no explica las bases en que funda su profecía. Incurre así en el «poco-más-o-menos de los pueblos decadentes», que despiadadamente analiza. El libro de Blanco Fombona es un estudio histórico; el de Rodó un discurso a la juventud. A aquél interesa el pasado, a éste la sugestión melodiosa de Ariel sobre las almas inquietas de la nueva generación. Bulnes pronuncia anatemas. Ugarte termina como poeta un libro que comenzó como sociólogo. Oliveira Lima sólo discute una faz del problema americano.

Realizada la penosa obra crítica, conviene analizar las reformas y las direcciones necesarias del porvenir americano, descubrir los medios de sustituir la discordia por el orden, la imitación por la autonomía, la confusión de castas por una definida conciencia de raza.